



Las Desgracias

INTRODUCCIÓN

El tema del por qué de las “desgracias” es uno de los más difíciles de tratar, ya que no hay una respuesta satisfactoria para todo el mundo.

Nos sentimos particularmente confusos cuando nos sucede una desgracia sin aparente razón, ya sea debido a una catástrofe natural, una enfermedad, o la muerte de un ser querido. Muchas veces, la primera reacción que tenemos es culpar a Dios por lo que nos sucede. Con demasiada facilidad le increpamos: ‘¿Por qué a mí?’ Otras veces nos encerramos en nosotros mismos, sufriendo el dolor por dentro. ¿Por qué reaccionamos así? Porque pensamos que, como somos buenas personas y no le hacemos mal a nadie, estamos libres de todo mal. Pero cuando la desgracia toca a nuestra puerta nos deja aturcidos y confusos, y hasta llegamos a pensar que Dios se equivocó de profesión.

Para otras personas, en cambio, lo normal es pensar que, por más esfuerzos que hagan, todo en la vida les va a salir mal. Estas personas creen que de alguna forma la suerte ya está echada, y nada ni nadie la puede cambiar. Lo más que pueden hacer es tratar de vivir lo mejor posible.

Sería un error dejar que nuestras emociones dominen el análisis del por qué de las desgracias. Por eso, para desarrollar este tema, nos vamos a apoyar en la Palabra de Dios y a escuchar lo que él tiene para decir al respecto. La Biblia es mucho más que una compilación de historias de tiempos antiguos. A través de ella Dios nos muestra y comunica su amor y nos enseña cuál es su voluntad para nuestras vidas.

Ante los difíciles problemas de la vida, esperamos respuestas amplias y profundas. Nos cuesta aceptar una respuesta sencilla, porque estamos convencidos que las soluciones tienen que ser más complicadas. Por eso, muchas personas ignoran o rechazan lo que Dios nos quiere enseñar, creyendo que sus respuestas no son suficientes para entender la vida. Sin embargo, Dios desea que vivamos en su paz y amor. Y esto es posible porque podemos confiar en que Dios siempre sabe lo que es mejor para nosotros. La Biblia no es una enciclopedia con detalladas explicaciones filosóficas, sino una descripción de cómo Dios interviene en la historia, y en nuestras vidas, para asegurarnos su constante presencia y compañía.

Es común que, cuando discutimos los acontecimientos del país, casi invariablemente alguien diga: “Si fuera presidente, arreglaría tal o cual problema en menos de lo que canta un gallo.” “Si fuera presidente, no habría problemas de seguridad pública y de delincuencia”. “Si fuera presidente, solucionaría la desigualdad entre las personas, los problemas de la educación, la salud y la vivienda, ayudaría a los más pobres, etc., etc.”

Lo mismo hacemos con Dios. Nuestras actitudes y palabras dicen: “Si fuera Dios, no permitiría que sucediera esto o aquello.” Pero, ¡cuidado! Aun cuando no lo queremos admitir, nuestra es la culpa del rumbo que lleva la humanidad. La historia muestra claramente cómo esto es cierto: desde que el primer hombre y la primera mujer se rebelaron contra Dios y quisieron tomar las riendas de sus vidas, nosotros, como dignos sucesores de ellos, también queremos tomar las riendas de nuestras vidas prefiriendo ignorar a Dios y sus mandatos.

¿Cuál ha sido el resultado? Muchos dolores de cabeza y muchas preguntas sin contestar. Dios ha tratado de advertirnos que estamos muy equivocados, pero no lo queremos escuchar.

¿QUIÉN CONOCE EL FUTURO?

A todos nos gustaría saber de antemano si nos va a suceder alguna desgracia, para así poder tomar las medidas necesarias para evitarla o estar preparados para enfrentarla. Hacemos del futuro un misterioso agente que sorpresivamente nos lanza una que otra desgracia para fastidiarnos la vida, o acabar con ella. Quizás por eso nos inquietamos, tratando de averiguar cómo adelantarnos a los sucesos para sentirnos más tranquilos.

Siempre hay quienes se aprovechan de esta insaciable curiosidad de conocer el futuro. Ya desde la antigüedad han existido videntes, brujos, astrólogos, adivinos, espiritistas, profetas, médiums, quirománticos y cartománticos que tratan de establecer una relación entre ciertos signos y fenómenos naturales u ocultos, para interpretarlos y determinar los sucesos del futuro. Por todos lados proliferan quienes comercializan sus conocimientos y predicciones, y millones de personas siguen consultándoles para tratar de resolver sus problemas y recibir un supuesto aliento al conocer el futuro. Sin embargo, estas prácticas no nos dan las respuestas que necesitan nuestros espíritus ante las angustias y temores que podemos tener. ¿Por qué?

De alguna manera pensamos que, sabiendo de antemano lo que nos pueda suceder, evitaremos los problemas y las desgracias en la vida. Pero no es así. Ni siquiera la persona que dice conocer el futuro logra evitar las desgracias. Es mentira que nuestras vidas estarán libres de los problemas con sólo conocer lo que nos puede suceder. Los engaños y las estafas que a menudo ocurren seguirán existiendo, aun cuando nos cueste reconocer que, humanamente, no podemos evitar ni cambiar los infortunios en la vida. Pero todavía el conocimiento de lo que el futuro nos depara puede producir desesperación, angustia, y hasta la posibilidad de una psicosis que afectará nuestra forma de vivir.

Esto le sucedió a un joven quien, al consultar a un quiromántico, descubrió que iba a tener un accidente automovilístico. Tal fue el trauma que sufrió, que se convirtió en el conductor más nervioso, tenso y angustiado de la ciudad... hasta que un día, por un error suyo, un auto lo chocó de atrás lastimando a varias personas. Lo que este joven más necesitaba era crecer en su actitud responsable y serena al estar al volante.

Más que conocer el futuro, necesitamos aprender a enfrentar los problemas y los peligros con seriedad, paciencia y fortaleza. Lo que nos sucederá tarde o temprano—como la muerte—es irreversible. Pero la confianza en la guía y protección de Dios para la vida permitirá que vivamos cada día plenamente.

Dios, que es el dueño del futuro, ha decidido no decirnos cómo será nuestro futuro porque quiere que confiemos en él por sobre todas las cosas, y no que nos enorgullecamos por nuestros logros o sabiduría. Nadie más que él sabe cuándo llegará nuestro fin, o el fin del mundo. Hasta que llegue ese momento, debemos vivir cada día sabiendo que él nos proveerá todo lo que necesitamos.

LA MALA SUERTE Y EL DESTINO

Cuando algo les sale mal, muchos creen que es porque la vida les ha jugado una mala pasada. Después de todo, creen no ser más que simples títeres del destino. ¡Es tan fácil echarle la culpa a la mala suerte! Más difícil es asumir la responsabilidad por nuestras propias acciones.

Los problemas de la vida pueden llevarnos a pensar que no vale la pena tratar de superarlos, ya que todo está previamente determinado y nadie puede controlar el destino. Desesperados, le echamos la culpa a las circunstancias. Leemos el horóscopo, consultamos con videntes, mandamos que nos lean las cartas, ahogamos nuestras penas con el alcohol o jugamos la lotería u otro juego de azar, esperando salir de los problemas. Nos sumergimos en tal fatalismo, que definitivamente nos sentamos a esperar que el destino nos dé o nos quite.

Pero, ¿acaso tenemos que luchar contra la mala suerte para tener buena suerte? ¿Será que nuestro destino está determinado, o podemos hacer algo para mejorar nuestra situación? ¿Qué nos depara el futuro?

Cuántas veces no podemos comer o dormir tranquilos por nuestros problemas, porque estamos convencidos que el destino no nos permite otra salida. Queremos las soluciones ya mismo, y nos ponemos tan ansiosos que nos volvemos injustos con nosotros mismos y con los demás, especialmente con los miembros de nuestra familia. ¡Qué difícil es salir adelante cuando andamos mal!

Sin embargo, no podemos disimular los hechos: las consecuencias de lo que hacemos o no hacemos en esta vida no las podemos simplemente atribuir a la suerte. La Biblia dice: *“No se engañen. Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre siembre, eso también cosechará. El que siembra para sí mismo, de sí mismo cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque a su tiempo cosecharemos, si no nos desanimamos”* (Gálatas 6:7-9).

No tenemos por qué vivir esclavizados por un error. En vez de confiar en el Dueño de todo, queremos adueñarnos de todo, hasta del futuro. Sólo que no tenemos, ni el poder, ni la capacidad para hacerlo. Aún cuando conociéramos el futuro, no tenemos poder para cambiarlo.

Dios conoce perfectamente las situaciones por las que cada uno de nosotros pasamos. Él sabe lo difícil que nos resulta salir adelante. Esto lo comprobó en la persona de Jesucristo. Una y otra vez podemos apreciar cómo Jesús se identificaba con las personas que lo rodeaban, hasta sentir su mismo dolor. En la Biblia se lo describe como compasivo, como alguien siempre dispuesto a extender la mano al necesitado. Su actitud es igual hoy, pues él comprende que nuestra situación emotiva, mental y espiritual es tremendamente grave. La verdad es que no somos nada de santos, y que en realidad lo único que deberíamos esperar es la muerte y el castigo eterno.

Sin embargo, Dios nunca se ha apartado de nosotros ni nos ha querido abandonar a tal destino. Gracias a su gran amor el sol sale cada mañana, las aves cantan, y la lluvia riega la tierra. Ese mismo amor hizo que enviara a su hijo Jesucristo a morir por nosotros, rescatándonos así de la desesperanza y la condenación eterna. El desastre en que se ha convertido nuestra existencia se debe a la reacción en cadena ocasionada por nuestra desobediencia y rechazo a Dios. Pero él nos ofrece un nuevo destino.

Dios nos invita a depositar nuestras preocupaciones en Jesús. Contar con este interés de parte de Dios es como tener un amigo muy influyente, alguien capaz de arreglar situaciones en las que no nos queda nada por hacer. ¡Cristo es precisamente ese amigo, porque tiene influencia sobre todo lo que existe! Él nos abre la puerta a un destino nuevo que nos lleva a la vida eterna y segura con Dios.

Jesucristo no nos promete el primer premio de la lotería o de otro juego de azar, ni que todo será color de rosa. Al contrario, nos dice que tendremos pruebas y hasta sufriremos el desprecio de otros por poner nuestra confianza en él y no en todo lo que se recomienda para “la buena suerte”. Él nos promete su compañía para que tengamos su paz, aun ante los desafíos más grandes de la vida.

Cristo nos asegura que no estamos solos ante un destino misterioso y amenazante, sino que él está y estará siempre con nosotros.

Pero hay algo en nuestras vidas que puede ser un grave obstáculo para tener y disfrutar de una verdadera paz interior.

LA CULPA

Dentro de una semana Nelly se va a casar con David, a quien ama mucho. Como había tenido relaciones sexuales con dos de sus novios anteriores, de repente le sobreviene el pánico pensando que podría tener SIDA. El temor es tan grande, que ni siquiera se atreve a hacerse el análisis de sangre. Está muy nerviosa porque no sabe cómo reaccionará David. Por otro lado, no se atreve a confiar su problema a nadie. Se siente terriblemente sola, y últimamente está padeciendo fuertes dolores de cabeza.

* * * * *

Julián tiene 12 años de casado con María Eugenia. Acaba de tener su cuarto hijo, pero con otra mujer. La carga económica va a ser mucho más grande de lo que se imaginaba. Cuánto daría por poder volver atrás y empezar de nuevo. Sabe que actuó mal, pero no sabe qué hacer. Cree que tendrá que trabajar muy duro para que Dios pueda perdonarlo. Y cuando trata de contar su dilema a sus compañeros de trabajo, se ríen de él. El peso de su culpa es tal, que María Eugenia ha comenzado a sospechar que algo anda mal.

* * * * *

Se podrían relatar miles de casos de personas como éstas que andan por la vida arrastrándose bajo el peso de su culpa. Algunos van al psiquiatra o al psicólogo en busca de ayuda y a veces logran un alivio temporal de sus síntomas, pero la culpa persiste. Es que, una vez que ha dictado un veredicto, nuestra conciencia lo hace definitivo y no nos deja tranquilos.

Así es que nos encontramos con personas que se sienten tan mal por el mal que han hecho, que creen que sus desgracias nunca podrán ser perdonadas. Este sentimiento exagerado de culpa surge porque llevamos impreso en nuestro corazón el conocimiento del bien y del mal—la ley de Dios—por lo que, cada vez que actuamos mal, es como que nos suena una alarma. Por más que tratemos de acallar esa voz interior que nos acusa, no es fácil silenciarla. La vasta mayoría de nosotros morimos poco a poco bajo el peso opresor de una conciencia intranquila que atormenta y destruye nuestra paz interior. Es como un cáncer que va carcomiéndonos y dejándonos vacíos, sin propósito en la vida.

Sin embargo, hay un remedio infalible para nuestra culpa. El mejor ejemplo lo tenemos en David, un rey de la antigüedad. Tras haber cometido adulterio, David trató de encubrir su acción enviando al esposo de esa mujer al frente de batalla... donde sabía que iba a morir. Por un tiempo todo pareció estar bien. Pero un día Dios envió un profeta llamado Natán para acusarlo e inquietar su adormecida conciencia con duras palabras de condenación. El Rey David vivió muchos días amargos, atormentado por su culpa, pero finalmente encontró la paz.

Él escribió: *“Dichoso aquél cuyo pecado es perdonado, y cuya maldad queda absuelta. Dichoso aquél a quien el Señor ya no acusa de impiedad, y en el que no hay engaño. Mientras callé, mis huesos envejecieron, pues todo el día me quejaba. De día y de noche me hiciste padecer; mi lozanía se volvió aridez de verano. Te confesé mi pecado; no oculté mi maldad. Me dije: ‘Confesaré al Señor mi rebeldía’, y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Por eso, todos tus fieles orarán a ti mientras puedas ser hallado. Aunque sufran una gran inundación, las aguas no los alcanzarán. ¡Tú eres mi refugio! ¡Tú me libras de la angustia! ¡Tú me rodeas con cánticos de libertad! ‘Yo te voy a hacer que entiendas. Voy a enseñarte el camino que debes seguir, y no voy a quitarte los ojos de encima’ ” (Salmo 32:1-8).*

Para hacer efectivo el remedio que Dios ofrece, primero necesitamos reconocer nuestros malos pensamientos, errores, equivocaciones, en fin, necesitamos reconocer que somos culpables, y confesarle todo esto a Dios.

Cuando nos damos cuenta de nuestros errores y los confesamos a Dios, aun cuando estemos confusos y desorientados, él nos perdona. Este perdón no nos lo da Dios porque prometemos cambiar o por algo que hayamos hecho, sino en virtud de lo que Cristo ya hizo por nosotros. Si confiamos en Jesucristo como guía y Señor de nuestra vida, él nos ayuda a cambiar para bien nuestro y de los que nos rodean.

“Justificados por la fe tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien tenemos también, por la fe, acceso a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Romanos 5:1-2).

Si después de haber confesado tu maldad y recibido el perdón te vienen viejos sentimientos de culpa, es posible que no se trate más que de un engaño para hacerte dudar del perdón que Dios te ha dado. Lo importante es recordar que Dios no se ha retractado de su perdón en Cristo. Por lo tanto, aprende a vivir como una persona perdonada.

Es probable que el diablo, u otras personas, quieran fastidiarte y hacerte pensar que Dios no te puede perdonar. Ante tal hostigamiento, Dios puede refrescar tu memoria con sus promesas para que estés absolutamente seguro de su perdón. Él establece para siempre el perdón y nada, ni nadie, ni siquiera el diablo, podrá alterarlo, anularlo ni destruirlo.

¿POR QUÉ DIOS PERMITE...?

José Antonio se levantó temprano como de costumbre para tomarse un café y leer los titulares del periódico: “Empresario cometió fraude de 30 millones”; “Profesor universitario fue encontrado muerto a balazos”; “Traficantes de drogas emboscaron y asesinaron a policías y también murieron otras personas inocentes”; “Fuertes temblores sacuden varias zonas del país”; “Aluviones dejan cientos de muertos y heridos”; “Hombre dispara contra multitud inocente”.

Ante semejantes noticias, uno se pregunta: “¿Cómo es que Dios permite tanta maldad? ¿Por qué permite que a personas buenas les sucedan cosas malas?”

Es verdaderamente difícil imaginarse a un Dios de amor en medio de tanto caos y confusión. Vemos la maldad a nuestro alrededor y nos quedamos paralizados pensando que Dios está de vacaciones, lejos de los acontecimientos mundiales, o quizás totalmente desinteresado por el futuro de nuestro planeta. Pero, ¿está Dios realmente de vacaciones?

Es difícil entender a Dios, y más si tomamos en cuenta que nadie lo ha visto. La manera en que lo podemos palpar es a través de sus acciones. Dios se parece a la electricidad: nadie la ve, pero todos sabemos que existe cuando prendemos una luz, cuando se calienta la plancha, o cuando el refrigerador enfría.

A Dios lo podemos experimentar a través de la creación: no debemos olvidar que el aire que respiramos y el mundo en el que vivimos fueron creados por él.

Pero esto no nos sirve de mucho cuando buscamos respuestas a las desgracias que sufrimos. ¿Qué le respondemos a quien dice: "Dios me ha quitado a la persona que más quiero en el mundo?" O: "¿Por qué permite Dios que mueran los niños antes de haber tenido tiempo de experimentar la vida?"

O: "¿Por qué permite Dios las inundaciones, los terremotos y las guerras?"

Por nuestro propio esfuerzo y razonamiento no podemos entender las cosas que suceden. El intento se ha hecho y como resultado tenemos una gran cantidad de filosofías y religiones que tratan de explicar el por qué de la vida.

En la Palabra de Dios podemos encontrar claramente que él no quiere nuestra desgracia. Pero fue Dios quien dijo: "No matarás", "No robarás", y "No codiciarás". El nos ordena esto, como todos sus otros mandamientos, para protegernos del mal. Pero nosotros no le hacemos caso. Como consecuencia, seguimos abusando de su creación, actuando en forma contraria a lo que él ha ordenado, y así nos suceden desgracias. Sufrimos pues siempre hay alguien que desobedece a Dios ya sea matando, robando, mintiendo, o engañando. No hay nadie en el mundo que no haya desobedecido a Dios.

En medio de las desgracias, nuestro razonamiento es insuficiente. Pero también es una presunción acusar a Dios diciendo que sus obras son injustas, cuando no tenemos ni la menor posibilidad de comprender la magnitud de su poder y sabiduría. Nuestro concepto de Dios es muy defectuoso porque lo hemos fabricado a nuestra imagen y semejanza. No dejamos que Dios sea Dios, sino que lo moldeamos de acuerdo con nuestra conveniencia. Entonces, ¿quién tiene la mejor descripción de Dios? Ya que nadie lo ha visto, ¿con qué autoridad podemos acusarle de cosas que no entendemos?

La Biblia dice: *"¿Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién ha entendido la mente del Señor? ¿O quién ha sido su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que él tenga que devolverlo? Ciertamente, todas las cosas son de él, y por él, y para él. ¡A él sea la gloria por siempre! Amén"* (Romanos 11:33-36).

Y también: *"Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, ni son sus caminos mis caminos. Así como los cielos son más altos que la tierra, también mis caminos y mis pensamientos son más altos que los caminos y pensamientos de ustedes"* (Isaías 55:8-9).

Si Dios, quien ve todo y conoce hasta lo más íntimo de nuestros corazones, decide juzgar y castigar la maldad, ¿quién de nosotros puede reclamárselo? Él puede hacer y deshacer. Pero su mayor deseo, ante tanta maldad, es perdonar, sanear y darnos una nueva vida. Esto sí que sobrepasa todo entendimiento.

No es fácil aceptar que nuestra mente finita no pueda comprender lo infinito. A San Agustín una vez le preguntaron cómo se podría entender a Dios. Su respuesta fue algo así como: '¿Acaso se puede acomodar toda el agua del vasto océano en un vaso? ¿O se puede acomodar la plenitud del Dios infinito en una mente finita?'

Tenemos el ejemplo de un hombre rico llamado Job, quien era muy religioso y todos lo conocían como un hombre bueno. Sin embargo, en un solo día Job perdió todo lo que tenía y se le murieron sus hijos mayores. Como si eso fuera poco, también fue víctima de una terrible sarna que lo cubrió de pies a cabeza. En medio de su gran angustia, confusión y dolor, se sentó junto a un montón de basura y, luego de un largo silencio dijo:

“Que perezca el día en que me concibieron, y la noche en que dijeron: “¡Ya nació un varón!... ¿Por qué llega a ver la luz el que trabaja, y se deja vivir al de espíritu amargado? Esperan la muerte, y ésta no llega, aunque la anhelan más que al oro... ¿Para qué vivir en un camino incierto, donde Dios te cierra el paso?” (Job 3:2, 20-21, 23.)

Aun cuando los amigos que lo visitaron trataron de convencerle que seguramente había hecho algo para merecer el castigo de Dios, Job no pudo aceptar ese razonamiento. En medio de su lucha por entender el por qué de su sufrimiento, Dios lo interpeló: *“¿Quién se atreve a oscurecer mis designios con palabras carentes de sentido? Pórtate como hombre, y prepárate; yo te voy a preguntar, y tú me vas a responder. ¿Dónde estabas tú, cuando yo afirmé la tierra? Si en verdad sabes mucho, dímelo. Dime también, si lo sabes, ¿quién tomó sus medidas?...” (Job 38:2-5).*

A lo cual Job respondió: *“Yo sé bien que todo lo puedes, que no hay nada que tú no puedas realizar. Preguntaste: “¿Quién se atreve a oscurecer mis designios, con palabras carentes de sentido?” Yo fui ese atrevido, que habló sin entender; ¡grandes son tus maravillas! ¡Son cosas que no alcanzo a comprender! Por favor, escucha mis palabras; quiero preguntarte algo; ¡házmelo saber! Yo había oído hablar de ti, pero ahora mis ojos te ven. Por lo tanto, me retracto de lo dicho, y me humillo hasta el polvo y las cenizas” (Job 42:1-6).*

Job reconoció la grandeza de Dios y confió en su sabiduría y poder. De esta historia aprendemos que, en medio de nuestro sufrimiento, podemos desahogarnos ante Dios de una manera sincera y franca, pues él siempre está dispuesto a escucharnos pacientemente. Tenemos la seguridad de que no nos enviará un rayo del cielo para consumirnos por haberlo molestado con nuestras quejas y problemas. No siempre recibiremos la respuesta específica a nuestro sufrimiento, pero sí podremos confiar en que Dios nos dará su paz y su sabiduría para enfrentar cualquier situación.

Las desgracias que hoy sufrimos son la consecuencia de un deterioro total en nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la naturaleza que nos rodea. Nosotros somos los culpables del caos en que vivimos. Desde Adán y Eva toda la creación sufre a raíz de nuestra desobediencia, no por un pecado en particular, sino por causa de la maldad de todos nosotros y de todos los tiempos. Dios no tuvo más remedio que tomar las medidas necesarias para condenar tal forma de ser. La sentencia que dictó fue una existencia dolorosa que culmina con la muerte. No hay nada que podamos reclamarle a Dios.

Pero gracias a su gran amor todavía existimos, y el curso del universo entero continúa. El sol sigue saliendo para todos cada mañana, la lluvia sigue regando toda la tierra, y todos los días nacen nuevas criaturas. Si así lo hubiera deseado, hace tiempo que Dios podría haber destruido todo. Sin embargo, prefirió ser paciente y perdonar y reconciliarse con lo que estaba roto y destinado a la destrucción, enviando a su hijo Jesucristo como rescate para los perdidos.

¿Qué pues diremos? ¿Que Dios no nos permite hacerle preguntas? ¿Que debemos simplemente asumir una actitud fatalista y renunciar a la idea de un Dios bondadoso y compasivo? Al contrario, tenemos motivos aún mayores para vivir cada día con ánimo y entusiasmo, obrando juntos para un mañana mejor. Porque *“si Dios está a nuestro favor, nadie podrá estar en contra de nosotros. El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?... ninguna cosa creada nos podrá separar del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Romanos 8:31-32, 39).*

LAS TORMENTAS

La vida tiene sus tormentas. En algún momento todos las experimentamos. Cuando menos lo esperamos, de pronto nos acosan los problemas. Si no sabemos cómo navegar por las tempestades de la vida, corremos el peligro de naufragar.

Cuando nos sobrevienen los problemas, ¿cómo reaccionamos? ¿Apretamos los dientes y seguimos adelante? ¿Nos resignamos, imaginando que Dios nos ha abandonado? ¿Nos preguntamos: ‘por qué a mí’, ‘qué he hecho para merecer esto’, o ‘dónde está Dios cuando más lo necesito’? Muchas veces pensamos que Dios está lejos, que no le interesa lo que nos sucede, o incluso que nos está castigando por algo que hemos hecho. En esas ocasiones, optamos por buscar soluciones por nosotros mismos, cuando en realidad Dios está con nosotros siempre, aun en medio de nuestros problemas, ofreciéndonos su ayuda.

La Biblia dice: *“A ustedes no les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero Dios es fiel y no permitirá que ustedes sean sometidos a una prueba más allá de lo que puedan resistir, sino que junto con la prueba les dará la salida, para que puedan sobrellevarla” (1 Corintios 10:13).*

Y también dice: *“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni te desanimas cuando te reprenda; porque el Señor disciplina al que ama, y azota a todo el que recibe como hijo... nuestros padres terrenales nos disciplinaban por poco tiempo, y como mejor les parecía, pero Dios lo hace para nuestro beneficio y para que participemos de su santidad. Claro que ninguna disciplina nos pone alegres al momento de recibirla, sino más bien tristes; pero después de ser ejercitados en ella, nos produce un fruto apacible de justicia”* (Hebreos 12:5-6, 10-11).

Las tormentas en la vida fácilmente pueden interpretarse como mala suerte, como un castigo injusto de Dios, como el cruel destino o los infortunios de la vida. Sin embargo, el que desprecia la corrección que viene de Dios a través de las pruebas no se aprecia a sí mismo, pero el que atiende a la reprensión, adquiere entendimiento.

Si bien es cierto que el hecho de confiar en Dios no significa que los problemas se acaben como por arte de magia, también es cierto que esos problemas son oportunidades que recibimos para madurar y crecer como personas e hijos de Dios.

LA MUERTE

Si hay algo de lo que podemos estar seguros en esta vida, es que un día vamos a morir. No nos gusta pensar en ello, y las pocas veces que hablamos de la muerte lo hacemos en voz baja y supersticiosamente tocamos madera, cruzamos los dedos, o nos persignamos para ahuyentarla.

“¿Por qué tuvo que morir mamá que era tan buena?” “¿Qué le he hecho yo a Dios para que me quitara a mi hijo?” “¿Es justo que un hombre tan bueno muera?” Esta clase de preguntas nos agobian cuando la muerte nos toca de cerca.

Pero, ¿qué es la muerte?, y ¿por qué tenemos que morir?

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, les dio vida dándoles de su propio aliento para que tuviesen parte de él mismo. Su deseo era que vivieran en perfecta paz y armonía con él, disfrutando de la creación donde reinaba el amor y no existía la muerte.

Dios fue muy claro con Adán y Eva, explicándoles la importancia de reconocerle a él y obedecerle por sobre todas las cosas para vivir en el Jardín del Edén. Aun así, ellos cedieron ante la tentación de pensar por un momento que Dios no tenía razón, y que ellos podrían controlar sus propias vidas. Pero, lamentablemente, fracasaron por completo al tratar de ser como su Creador. No lograron convencer a Dios de que ellos tenían más razón que él, ni pudieron anular la advertencia que Dios les había hecho en cuanto a desobedecerle. Y, como si ello fuera poco, tampoco admitieron su culpa cuando Dios les preguntó por qué lo habían desobedecido.

Fue entonces que Dios pronunció las palabras más tristes que el mundo jamás había escuchado: *“... porque polvo eres, y al polvo volverás”* (Génesis 3:19). Desde ese momento y hasta el día de hoy, sufrimos el dolor y el espanto de la muerte. Aún para Dios es doloroso ver morir a los suyos: *“A los ojos del Señor es muy valiosa la muerte de quienes le aman”* (Salmo 116:15).

Si a nosotros nos duele cuando muere un ser querido, cuanto más le dolerá a Dios ver tantos miles de sus hijos morir a diario. Y peor aún es su dolor cuando sabe que tantas personas mueren sin haber creído en Jesucristo y la vida eterna que él logró para ellos. Para él es una pérdida irreparable.

No es agradable pensar que tendremos que morir, pero tampoco podemos evitar pensar que en algún momento vamos a tener que dejar esta forma de vida terrenal. Por más que nos preocupemos, no podemos hacer nada para cambiar esta realidad. Como dijo Jesucristo: *“¿Quién de ustedes, por mucho que lo intente, puede añadir medio metro a su estatura? Pues si ustedes no pueden hacer ni lo más pequeño, ¿por qué se preocupan por lo demás?... el Padre sabe que ustedes tienen necesidad de estas cosas. Busquen ustedes el reino de Dios, y todas estas cosas les serán añadidas”* (Lucas 12:25-26, 30-31).

La muerte nos hace recordar que todos tendremos que rendirle cuentas a Dios por lo que hemos hecho en esta vida. Cada uno tendrá que declarar para quién vivió, pues en el momento de la muerte seremos juzgados de acuerdo a la ley de Dios, la cual Jesucristo resumió de la siguiente manera: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Mateo 22:37, 39).

Estas palabras de Jesús son como un espejo impecable que nos obliga a mirarnos y reconocer que en verdad no hemos cumplido, ni cumpliremos a perfección, la ley de Dios. Tenemos que admitir con toda sinceridad que Dios nos puede acusar de ser culpables de vivir egoístamente, buscando nuestro propio beneficio, placer, poder, fama y riqueza, sin importarnos los demás. Por más buenos que nos creamos, Dios tiene todo el derecho de sentenciarnos. Porque hemos vivido para nosotros mismos, sin tener en cuenta a Dios y a las demás personas.

Pero entonces, ¿no hay forma de escaparnos de un final tan trágico?

¡Sí la hay! Para eso vino Jesucristo al mundo y vivió una vida perfecta, cumpliendo por nosotros la ley de Dios. Y no sólo eso, sino que dio su propia vida en la cruz para pagar el precio requerido por nuestra rebeldía y desobediencia.

La muerte de Cristo en la cruz no fue una desgracia, sino una gloriosa victoria. La prueba está en que Dios sorprendió al mundo entero cuando lo resucitó de la muerte a los tres días. Nadie lo quiso creer, ni aún sus propios seguidores, pero así estableció la victoria total sobre la muerte y la tumba. Gracias a la resurrección de Cristo, el misterio y la angustia de la muerte han sido destruidos para siempre. Ahora, todos los que confiamos en él, tenemos la seguridad de que también resucitaremos a la vida eterna.

Y no sólo eso, sino que unidos a Cristo tendremos el poder necesario para vivir según su voluntad y ser felices a pesar de los problemas de la vida. La muerte y la resurrección de Jesús nos libran, de una vez para siempre, de las consecuencias de nuestra maldad: la muerte—separación—eterna de Dios. Arrepentidos, siempre podremos pedir, recibir y vivir en la plena seguridad del perdón de Dios.

Creer en Jesucristo, entonces, nos permite disfrutar ahora, y para siempre, de esta nueva relación de amor y paz con Dios... aun cuando la muerte interrumpa nuestra existencia terrenal.

La Biblia explica que la muerte es la separación temporal del cuerpo y el espíritu. Luego de la muerte, el cuerpo va al sepulcro y el espíritu va a Dios, en espera del juicio final. Cuando llegue el fin del mundo, Dios resucitará nuestros cuerpos, uniéndolos otra vez a nuestro espíritu, y luego realizará el juicio: quienes han creído en Jesucristo como Señor y Salvador de sus vidas, podrán estar seguros que en ese juicio final lo tendrán como abogado y serán declarados inocentes, pasando a habitar eternamente con Dios.

Por otro lado, quienes no han creído en Cristo, tendrán que defenderse y justificarse solos ante Dios. Esas personas sufrirán la sentencia del sufrimiento en el infierno.

Si de repente la muerte te sorprende, ¿has hecho arreglos previos con el único Abogado que te puede salvar eternamente?

CONCLUSIÓN

En las páginas precedentes hemos hablado sobre los diversos enfoques que se le pueden dar a las cosas que nos suceden en la vida. Vimos que al confiar en la buena o mala suerte dejamos de ser personas racionales, y caemos en una esclavitud que nos inutiliza. También analizamos lo que le pasa a la persona que depende del destino: puede convertirse en fatalista, resignada a su estado actual. Luego hablamos del tipo de persona que se considera tan mala, que está convencida que Dios nunca podrá perdonarla y, como consecuencia, vive una vida triste y dolorosa.

Luego analizamos por qué Dios permite que sucedan cosas malas. Pudimos aprender que la culpa no es de Dios sino del pecado, porque el mundo es imperfecto y en él suceden desgracias. Nosotros mismos, al querer ser como Dios y ser su juez, hemos contaminado nuestro planeta creando conflictos en nuestras familias y entre amigos, e incluso causando guerras y desgracias mundiales. Hasta la misma naturaleza sufre a causa del caos que hemos creado. La culpa es nuestra y estamos sufriendo las consecuencias. Pero Dios mismo, en Jesucristo, nos promete una nueva vida. No nos dice que todo irá "a pedir de boca", ya que seguiremos en este mundo hasta que la muerte nos llegue. Pero, mientras esperamos ese día, podemos tener esperanza confiando en las promesas de Dios.

"He aprendido a estar contento en cualquier situación. Sé vivir con limitaciones, y también sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, tanto para estar satisfecho como para tener hambre, lo mismo para tener abundancia que para sufrir necesidad; ¡todo lo puedo en Cristo que me fortalece!" (Filipenses 4:11-13).

Jesucristo nos da la verdadera paz, la que perdura en medio de la tormenta. Con él podemos aprender a convertir las crisis en oportunidades de crecimiento y ser fortalecidos con su paz. Además, podemos tener un nuevo aprecio de la resurrección de Jesucristo. En vez de estar eternamente separados de Dios, los creyentes seremos restaurados a una vida eterna con Dios en la gloria que él nos ha preparado.

Sólo Cristo puede "tomarnos de la mano" cuando nos toca morir. Él conoce perfectamente lo que significa la desolación y el abandono en el momento de la muerte, porque él murió en la cruz. Pero es en la resurrección, y solamente en la resurrección, que está la respuesta a nuestro temor a la muerte. Confiando en que Jesucristo resucitó de la muerte, podemos aceptar nuestra muerte con valor y verdadera esperanza.

A pesar de las desgracias que nos sucedan en la vida, gracias a Cristo podemos tener paz, entusiasmo y propósito para la vida, sabiendo que él nunca nos abandonará.



Copyright © 2013 CPTLN - Revisión 2019
Todos los derechos reservados

Sentido Latino es un programa de Lutheran Hour Ministries,
un ministerio cristiano mundial cuya misión es
Llevar a Cristo a las naciones, y las naciones a la iglesia.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas.

660 Mason Ridge Center Dr., St. Louis, Missouri 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • 6BS24-SL